

## Caldono de colores

*Rodolfo Güetio*

El sol ascendía lentamente por el horizonte acompañado de una suave brisa que exhalaba su aliento veraniego sobre el lugar. Las sombras retrocedían tímidamente ante los tenues rayos de luz que llegaban al pueblo anunciando a los habitantes del municipio de Caldono que la mañana había llegado.

Poco antes de las seis de la mañana, aquel 3 de julio de 2005, la cabecera municipal despertaba para dar inicio a un domingo como cualquier otro. Los pocos negocios en lugar abrían sus puertas preparándose para recibir a las personas de las veredas aledañas quienes pronto llegarían al pueblo para asistir a la misa como es costumbre cada domingo.

Farid Jilicué despertó de su sueño después de sentir como los cálidos haces de luz que penetraban por la ventana daban de lleno contra su rostro. Inmediatamente salió de su cama y comenzó a prepararse para su día tranquilamente, después de tomar un baño y su desayuno Farid esperaba escuchar las campanas de la iglesia repicar fuertemente anunciando que la misa estaba a punto de iniciar, pero aquel día las campanas nunca se escucharon, aquel domingo el pueblo de Caldono inició su día con el sonido de cilindros, fusiles y las balas silbando mientras cortaban el viento para después impactar contra las casas del pueblo y sus habitantes.

-Ese día la guerrilla llego hasta lo que hoy es la galería municipal y de ahí comenzó a lanzar cilindros contra el puesto de policía. El objetivo -ellos decían- era acabar con el puesto de policía. Pero al puesto no le pasaba nada y sí destruían todas las casas de ese sector-.

El primero en caer fue el banco agrario, una de sus paredes se desquebrajo y se vino abajo junto con parte del techo de la estructura. A su vez la fuerza pública respondía al ataque guerrillero mientras en medio del fuego cruzado los primeros heridos se comenzaban a ver. Por petición de un mayor del ejército Farid junto a otro habitante del pueblo comenzaron a encargarse de los heridos, Farid recuerda como en medio de los disparos y las explosiones logro trasladar al hospital local a cuatro individuos, de entre los cuales se encontraban dos integrantes de las Farc. – En ese momento yo no veía si eran guerrilleros, soldados o civiles. Había que llevarlos-.

Como si no conociese el cansancio el ataque se extendió implacable durante los siguientes dos días mientras los uniformados intentaban neutralizarlo, un vehículo blindado llego para apoyar a la fuerza pública sin éxito. Farid recuerda con ironía

como los ataques de aquel blindando apenas y lograban alcanzar a los fuerzas de las Farc mientras allá donde caían, los cilindros continuaban dejando destrucción a su paso. Poco podía hacer el ejército para contrarrestar el ataque. – Nos tocó quedarnos. Decía el ejército: “No se vayan porque ustedes son los únicos que nos pueden apoyar”, pero ¿qué podíamos hacer nosotros?

-El día martes fue más violento. A partir de las nueve de la mañana comenzaron a tirar los famosos tatucos. Ese día los tatucos se estrenaron en Caldon. Tubos de pbc de veinte, cincuenta centímetros y hasta un metro que venían al que le cayera-

Para el final de aquel martes 5 de julio Caldon se había convertido en un pueblo fantasma, los habitantes del sector se habían visto desplazados a las diferentes veredas y corregimientos del municipio a causa de una de las tomas guerrilleras más fuertes en la historia del pueblo. –Una cosa es contarlo y otra es vivirlo. Explosiones por todos lados, disparos en todas partes. No sabía que era mejor que estuviera el ejército o que no estuviera-

Hoy, después más de doce años de aquella toma guerrillera, Farid menciona que el daño más grande a la población no es el daño material sino el psicológico y es este el daño que el colectivo Tulpa, encabezado por el párroco del pueblo, pretende borrar de las calles de Caldon. Ahora el pueblo se ha teñido de colores, la destrucción y el deterioro fueron borrados del lugar y remplazados por la expresión, por arte, por murales.

Un día como cualquiera los jóvenes Caldoneses decidieron que no querían ver más los impactos de bala en las paredes de su pueblo y con el apoyo del padre Javier dieron inicio al festival de muralismo “Caldono de colores”. –Surge la idea de darle colores al pueblo. Caldon después de haber sufrido por más de veinte años todo lo de la guerra y lo del conflicto armado había sido abandonado en todo sentido, incluso los mismos colores del pueblo daban la tristeza que el pueblo estaba viviendo todavía-

Con pinceles, brochas y pinturas durante todo un fin de semana los jóvenes llenaron de color al pueblo dotándolo de matices, regresándole la vida con cada pincelada y a su vez plasmando una parte de ellos en cada mural, en los cuales resaltan expresiones musicales y culturales. De igual manera se busca por medio de estos no olvidar lo sucedido y los amigos perdidos. En polideportivo del lugar, en una de las tantas paredes intervenidas por el colectivo, salta a la vista el rostro de un joven de entre los doce y los quince años de edad, lo siguiente en hacerse notar es el texto bajo la pintura en el cual se puede leer: “En memoria de Víctor (piquiña)”. Avanzando por las calles del lugar es inevitable no posar la vista sobre una rama de



olivo que envuelve a un grupo de personas bajo el un escrito pone: “Jóvenes en busca de la reconciliación: nuestro gran ejemplo para una paz estable y duradera.

Más allá de las calles de la cabecera municipal, algunas veredas y corregimientos cercanos ya han comenzado a pintarse de colores. Elcira Yatacué, una diseñadora gráfica se encuentra en una escuela cercana. Al igual que la mujer frente ella, sus manos se encuentran pintarrajeadas por diferentes colores, en ellas sostiene un pincel y un panal de huevos que usa a modo de paleta para mezclar pinturas. Acompañada por otro artista, ambos deslizan su pincel y rodillo para plasmar en el lugar a una mujer de avanzada edad la cual porta la vestimenta propia de un miembro de la comunidad de guambía. Elcira hace parte de los numerosos jóvenes, profesionales y empíricos, que se vincularon al colectivo Tulpa para cambiar el ambiente de Caldonio y sus alrededores. –Después de que llegó la paz quisimos darle color al pueblo. Mucha gente lo pedía y nos ayudaron mucho. Aunque el cabildo al principio no mostraba su apoyo, ahora que ya ve que estamos dándole fuerte al tema de los murales ya están más motivados en colaborarnos. Y pues la idea es seguir pintando.

Ahora Farid contempla nuevamente aquel pueblo que alguna vez fue devastado por la guerra, solo que en esta ocasión observa como la vida a regresado a él. –Eso nos cambió mucho la cara porque era difícil estar viendo cada día los huecos de las balas, lo que hicieron las explosiones de los cilindros y los tatucos-. Esta vez ya no hay vías bloqueadas por trincheras que esperan en cualquier momento ser impactadas por proyectiles, en el parque del pueblo ahora se pueden apreciar personas sin miedo que disfrutan tranquilamente del lugar, ahora al caer la noche ya no se ve un pueblo fantasma, los niños ríen y juegan de aquí para allá, como si los nuevos colores del pueblo los invitaran a celebrar la vida.